

Ferlosio, ensayismo de perforación

Un «clérigo» autodidacta y «retirado» que va a su aire. No hay mejor definición de Sánchez Ferlosio. «Altos estudios eclesiásticos» es el primero de los cuatro tomos que recopilarán sus ensayos. Una mezcla de «gramática, narración y diversiones»

LUIS MEANA

Advierte el hijo más insigne del género, Montaigne, al comienzo de sus *Ensayos*: «Yo mismo, lector, soy el contenido de mi libro». Otro tanto cabe decir de los escritos de Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927): son el reflejo de los intereses teóricos personalísimos, las interrogaciones extremadamente singulares y las peculiares disquisiciones que han constituido el empeño de su vida. Hay que agradecer al editor y a la editorial que, en estos tiempos de la «nube» y del ciberespacio, vuelvan a hacer accesible a los lectores, en una recopilación y reedición en cuatro volúmenes, de los que ya ha aparecido el primero, los muchos artículos del autor que andaban dispersos.

Este tomo, y los hermanos que le seguirán, llevan por título genérico un término que es central en el desarrollo intelectual de Occidente: *Ensayos*. La sorpresa está en el subtítulo, donde nos encontramos con una antigua «revolera»: *Altos estudios eclesiásticos*. Una analogía o ironía del mismo Ferlosio, según consta en *La forja de un plumífero* (1998), que está muy bien traída aquí porque, como ya teorizaron los grandes autores del Romanticismo, la ironía —que no es la insolencia— es una de las esencias del ensayo por su íntima relación con la reflexión vía negación («La ironía es la forma de la paradoja», escribió Schlegel). Es bien visible que la ironía —más o menos satírica— está presente en muchos ensayos de Ferlosio.

Altos estudios eclesiásticos es el *ora et labora* de un «clérigo» autodidacta y «retirado» que va a su aire, al margen de todas las iglesias, confesiones, ideologías o especializaciones. Este ensayista es una especie de estilista de las palabras que teje y deste-

je encima de su columna de recortes de periódico y de lecturas raras. Es, por lo demás, correcto subtítular este volumen *Altos estudios eclesiásticos* porque está lleno de «teologías»: de la gramática, del lenguaje y del pensamiento.

Respiración mental

A eso que hace Ferlosio lo llamé un día el brillante filósofo y ensayista alemán Odo Marquard «belletrística transcendental». «Belletrística» por tratarse de una larguísima y exquisita orfebrería literaria en la que a veces, como muy bien ha observado Tomás Pollán, al lector se le va el aliento y la respiración mental con tantas enrevesadas hipotaxis, pero ese es el precio que hay que pagar para entrar en el terreno sacro de las preciosidades de reflexión y de expresión. Preciosismo que, por lo demás, es parte esencial del ensayo porque, como ya señaló F. Bacon, este género no sólo se caracteriza por analizar, sino también por estar «pregnantemente formulado». Es lo «rapsódico» del ensayo, que dijo Schlegel.

Pero esa «belletrística» de Ferlosio es, antes que cualquier otra cosa, «transcendental» porque nunca es trivial, ni hace una sola concesión a la frivolidad, ni a las vanidades, ni a las superficialidades. Aquí todo son «transcendencias». En el caso de este primer volumen, transcendencias de la gramática, de los conceptos, de la lengua, en cuyo fondo aparece siempre la sombra, desgraciadamente casi olvidada, de Bühler.

Escribió Kant: «Pensar es hablar consigo mismo». Eso es la obra de Ferlosio: hablar consigo mismo, pero en castellano. Porque este es, por muchas razones, un ensayismo «español» (y, si no me lo toma a mal el querido autor, a veces hasta «españolazo»). Quiero decir que sus textos suenan como coplas llenas de pasiones gramaticales muy intensas, de estrofas especulativas que recuerdan a las palabras fuertes y los versos desgarrados de las coplas, en las que brilla el más exquisito y hasta poético castellano. Quizá por eso Schlegel llamó a los ensayos «poemas intelectuales».

Pero español y todo, ese ensayismo es sobre todo europeo: está en la gran línea —tan dispar que va desde estos «estudios eclesiásticos» hasta el lejano ayer del reinventor del género: Montaigne. En ese largo camino, lleno de ríos y de afluentes, hay infinitos autores de importancia. Por referirme a los más afines, está Benjamin K. Kraus. Y está Sim-

mel: cita mucho Ferlosio a Weber, pero a quien de verdad se parece es al ensayismo fragmentario, heterogéneo, instantáneo y de calle de Simmel. Y por detrás de todos ellos están, por supuesto, las montañas más elevadas y magníficas: Nietzsche (con sus glorias y monstruosidades), los hermanos Schlegel, el gran Lessing, el concisamente sobrio Hume, los «literarios» Rousseau o Voltaire, y otros muchos hasta llegar a Montaigne. Y por delante de todos, Platón, al que G. Lukács llama, con razón, el más grande ensayista de la Historia y padre del género.

Es evidente que el ensayo es la forma propia del pensar mo-

derno: parcial, incompleto, fragmentario, anárquico, incierto, ágil, inseguro, escéptico. El ensayo expresa el desasosiego y la provisionalidad del espíritu moderno. Es la forma «belletrística» de la crítica. Pero el ensayo es, sobre todo, libertad. Es el pensamiento en su máxima liberación: revelar y rebelarse. Es el pensar liberado de la prueba («las pruebas fatigan», dice el clásico) y de todas las ataduras de la sistematicidad. Es el pensamiento liberado incluso del propio pensar.

En ese molde nacen y de ese molde salen los escritos de Ferlosio. Con una impronta altamente particular, que los distingue y diferencia de antecesores y sucesores. Estamos ante un *ensayismo de ganzúa*. Pero ganzúa *sub specie philosophia*, es decir, entregada a la averiguación del ser de las cosas. A ese ensayismo lo llama él mismo «vacilaciones». Lo que hacen esas «vacilaciones» es poner ciertos fenómenos, generalmente insignificantes, bajo la ganzúa analítica.

Razón Impura

El análisis parte, con frecuencia, de una situación concreta, por ejemplo en «Personas y animales en una fiesta de bautizo», o de una intriga teórica, por ejemplo «El verbo transpunte», y, a partir de ahí, se usa la ganzúa del análisis para ir abriendo las puertas blindadas que cierran el paso a los subterráneos, oscuros, del lenguaje y de la Razón.

Es un ensayismo de perforación, más que de erudición (tipo Steiner), una perforación sistemática pero sin sistema, no directa y vertical sino elíptica y diagonal: se parte de lo intranscendente o coloquial para llegar a lo «esencial», es decir, hasta alguna «esencia» oculta. Gracias a esa virtuosa aplicación de la ganzúa van saliendo a la luz los «monstruos» y mostrencos

que habitan en esa oscuridad.

Estos ensayos o «vacilaciones», siempre inconclusas, son como una pequeña Crítica de la Razón. Pero no de la Razón Pura, que ese es el majestuoso camino de Kant, sino de la Razón Impura, es decir, de las infinitas impurezas de la Razón: crítica de los «fetiches ideológicos», los estereotipos gregarios, los engaños, las supersticiones, los trucos, los timos, las tergiversaciones, los infantilismos, las villanías, los sucedáneos, las seducciones del lenguaje y del pensamiento. Diciéndolo con una frase de Heine: Ferlosio les arranca su hoja de





Rafael Sánchez Ferlosio, autor de «Altos estudios eclesiásticos»

Alfanhuí nunca escribe deprisa

GONZALO HIDALGO BAYAL
A la vista de los caligramas que, a modo de ilustraciones, reprodujo hace tiempo una revista cultural, algunos de ellos remotos y retorcidos, del periodo que bien podríamos llamar hoy «eclesiástico», como garabateados a oscuras, o a lóbregas, siguiendo la caprichosa deriva de la pluma, e indescifrables por tanto, y, en contraste, otros posteriores que, por su minuciosa, esmerada y transparente caligrafía, bien podrían llamarse «pendolarios», alguien que vio a Rafael Sánchez Ferlosio anotando en su libreta de bolsillo quién sabe si el arranque de un pecio con esta «clarísima ortografía recuperada» le preguntó si mantenía la misma perfección caligráfica cuando escribía deprisa, a lo que Ferlosio respondió (y yo lo oí) que nunca escribía deprisa.

La respuesta (y más aún el hecho, principio de una determinación tan física como intelectual) bien podía servir no sólo para ejemplificar de modo práctico la distinción entre tiempo adquisitivo y tiempo consuntivo sino para advertir también, y subrayar, hasta qué punto Ferlosio elige instalarse plenamente en el segundo, en la resuelta experiencia del presente.

Y tal vez haya sido esa asunción del tiempo consuntivo la que lo ha llevado a ser el singular tipo de sabio que es, el sabio hecho a sí mismo que arranca desde el origen, desde el punto de partida de todo conocimiento, y que con la curiosidad propia de Alfanhuí, por una parte, y con la avidez del infante don Juan Manuel, por otra, al margen de protocolos académicos, ha sabido dar forma y sentido a la vasta información acumulada (que es inagotable: Ferlosio no necesita enciclopedias) hasta hacerla en tal grado propia que hemos de catalogarla en el epígrafe de «sabiduría ferlosiana».

Pero la misma heterodoxia que lo ha convertido en clásico a contracorriente (a contracorriente, visto desde fuera, no como propósito

previo) es también la que ha acarreado ciertos tintes legendarios en torno a su figura. De ahí que el contraste entre aquellos caligramas binarios –«eclesiásticos» versus «pendolarios»– pueda servir para mostrar la doble cara de una semblanza, la persona y el personaje, el hombre cercano que se mueve por el barrio o escucha con atención a sus amigos de tertulia, y el escritor alcanzado por los ecos de una celebridad superficial. Ciertamente es que los caligramas corresponden al mismo autor, aunque a periodos distintos y distantes, pero no menos cierto es que también la diferencia entre persona y personaje corresponde a manifestaciones individuales.

Nadie duda de que, por razones varias, Ferlosio alcanzó tempranamente la categoría de personaje y, en cuanto personaje, sobre él recaen algunos tópicos recurrentes que van desde la indumentaria o el carácter hasta un a menudo pintoresco –y quién sabe si apócrifo– anecdotario. Es mucha la gente que recuerda cuándo y dónde coincidió una vez con Ferlosio, qué dijo, cuál fue su conducta o qué calzado llevaba, y mucha también la que añade a su relato atribuciones del carácter: áspero, arisco, huraño, austero y demás rigurosos adjetivos, lo que tal vez haya ido tejiendo el perfil de una figura que, sin embargo, no es verdaderamente la figura.

Ajeno a toda exhibición sentimental del yo, bien cabe entender que Ferlosio mantiene hacia la leyenda un comportamiento estoico o distraído, ya sea en su actitud, ya sea en sus comparencias públicas (en general, escasas): carácter frente a destino. Sin embargo, así como hay muestras de dos caligrafías, también en el personaje confluyen dos figuraciones. Y en verdad a los adjetivos displicentes de la mitología literaria se sobrepone quien actúa con la misma cortesía que el príncipe Nébride o, si se prefiere, con la misma exquisita delicadeza con que aquel antiguo lobo esperaba que se cumpliera el ciclo antes de volver a emprender la ascensión a la cumbre eterna.

parra a los pensamientos más desnudos.

Razón Cínica

Puede expresarse lo mismo con otro título: son una Crítica de la Razón Cínica (Sloterdijk), es decir, de los cinismos, las hipocresías y los tartufismos de la gramática, del lenguaje y de los conceptos. En una palabra, de la Razón. En cuyo fondo último aparece siempre el problema que anega todo lo teórico: la irreparabilidad del sufrimiento humano.

Al final de las páginas iniciales de su *Cultura filosófica*, Simmel narra una vieja fábula. La

de un campesino que se está muriendo y en ese tránsito confiesa a sus hijos que en sus cuidados campos hay enterrado un tesoro. Los hijos cavan por todo el terreno sin encontrar el tesoro. Sin embargo, con ese esfuerzo, las tierras triplican, en los años siguientes, sus frutos. Remacha Simmel: «Eso simboliza la línea marcada por la Metafísica. El tesoro no lo vamos a encontrar nunca, pero el mundo que hemos cavado en su búsqueda triplicará los frutos de nuestro espíritu...».

Eso es Ferlosio: la determinación interior de cavar. Eso es Ferlosio: nuestro gran excava-

dor, que lleva años y años excavando los terrenos de los «altos estudios eclesiásticos» y, de esa forma, ha triplicado la riqueza de nuestro espíritu. Y por eso le estamos profundamente agradecidos.

Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos



Rafael Sánchez Ferlosio
 Debate, 2015
 800 páginas
 34,90 euros
 E-book:
 12,99 euros

EFE / CHEMA MOYA